





ANTONIO CRUZADO

NOMBRAR NOVIEMBRE

Platero
COOLBOOKS 

Título: Nombrar noviembre

Primera edición: abril, 2025

© 2025, del texto Antonio Cruzado.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 919-2025

ISBN: 979-13-87720-09-4

*Hay nombres en noviembre
de café y humo y de sosiego,
frases de interior,
encendidas como ascuas,
que abren ojos de sol
en la silenciosa espesura de la noche.*

—*Corazón sin sueño*, Salvador Compán



Índice

1	9
2	13
3	17
4	21
5	27
6	31
7	35
8	37
9	41
10	43
11	47
12	49
13	53
14	57
15	59
16	61
17	65
18	69
19	73
20	77
21	81
22	85
23	91
24	95
25	97
26	99

27	103
28	107
29	111
30	113
31	119
32	123
33	127
34	131
35	133
36	137
37	141
38	143
39	147
40	151
41	153
42	157
43	159
44	165
45	167
46	171
47	173
48	175
49	177
50	181
51	183
52	185
53	189
54	195
55	201
56	205
57	207
58	209
59	211
60	213
61	215
62	217

1

Nadie dijo que fuera fácil para un niño ciego aprender a tocar el piano. Porque un niño ciego parece ver menos que un hombre ciego. Aún no tiene tantas rutinas, tantos órdenes internos y disciplinas. Busca más, tarda más en encontrar, con frecuencia duda y titubea. Un niño ciego parece negar la infancia por su quietud y, a la vez, por lo vulnerable, aparenta estar enseñoreado en ella. Para él todo es una amenaza: las puertas que se cierran, los objetos pesados que pueden caer, los picos de los muebles, las aristas. Cualquier cosa puede dañarlo y en eso es más niño que el niño que ve. Todo lo hace desconfiar, contenerse como si fuera mayor y estuviera lleno de resabios.

Nadie dijo que resultase fácil el piano. Hay muchas teclas, en apariencia iguales. Aunque no para Helio. Sus dedos juegan y aciertan. Y en ese juego infinito sólo saben acertar.

Un dedo puede caer sobre la tecla como una caricia, como un toqueteo travieso, como una pulsación rotunda. Cada nota resulta un caramelo con su sabor particular, y sus oídos retienen los sonidos como el paladar los gustos. ¿Un don? Sara Coímbra, su profesora, piensa que sí. Que mil millones de veces sí.

Va sabiendo de cada nota, las distingue separadas y las ubica. Unas anuncian la gracia, otras la tristeza, otras visten de oscuro, o tienen el alma solitaria. Pueden venir con aplomo de guerreras, o tener el peso líquido del mercurio. Las

hay salidas de un valle, o caídas de una montaña, algunas son de agua y como agua se deslizan. Las conoce a todas, a todas las tutea. Les dedica mucho tiempo, tres veces en semana clase de música y en su casa horas y más horas ante el piano eléctrico recién comprado.

El piano le resulta sencillo, ojalá todo fuera igual. Porque hay muchas cosas difíciles. Llenar vasos sin que el agua rebose, atinar poniendo pasta en el cepillo de dientes, meter en la mochila uno de sus libracos escritos en braille, cortar la carne, pinchar la última patata frita del plato. Todo eso es más complicado. ¿El piano? ¿Acaso pueden derramarse las teclas? ¿Puede alguien cambiarlas de sitio?

Este curso está yendo a clases de piano, deporte adaptado e inglés. Su madre lo lleva a todos lados, se encarga de todo. Por la mañana va al colegio con niños que son como él y a la vez distintos en algo. Algo de lo que hablan, pero que él no termina de comprender. Dicen ver o veo o verás. Azul, verde, amarillo. Dicen mira, mirada, dicen luz.

Gran misterio eso de luz. ¿Sera mágica la luz? ¿Y eso que llaman colores? ¿Será todo eso una mentira?

En la clase de piano su mejor amigo es Manuel, un ciego novato, cincuentón, más bien callado, pero amable. Manuel es el único alumno que lo admira abiertamente, los demás son adolescentes poco dados a alimentar la autoestima de un compañero, sobre todo si es un mocoso un poco redicho y sospechoso de ser superdotado.

Manuel avanza mucho más despacio en su aprendizaje, hace poco más de un año que perdió casi totalmente la vista. Admira al niño, lo llama pequeño Mozart. De alguna manera Helio tutela a Manuel, sabe más de tocar el piano y de ser ciego. No es raro que corrija un acorde al hombre, o que lo ayude a desplazarse por el aula. Visto desde fuera, es una relación peculiar que despierta sorpresa y simpatía.

Al final de la clase, Helio sabe que la señorita Sara lo observa. Está acucillado y tantea en el rincón donde ha

dejado la mochila con la ropa de deporte. Ella no debe decirle dónde está a no ser que sea del todo necesario. Tiene que esperar unos segundos, minutos si hace falta, hasta que él encuentre lo que busca sin ayuda.

—Señorita, toca antes de que me vaya. Toca la «boloñesa» —dice riendo Helio.

La señorita Sara se sienta al piano y toca para él una polonesa de Chopin. El tiempo se detiene en el aula y parece que van a ser las seis de la tarde para siempre, que para siempre va ser septiembre.

Helio, también precoz en intuiciones, siente que lo que hace la señorita viene de muy adentro, de allí donde a él mismo se le vuelve valiente el corazón. De ese sitio donde saca fuerzas para no llorar cuando los niños pendencieros le hacen la zancadilla y se burlan de él.

La oye respirar con cuidado, por no empañar con aire la música. Se emociona y casi le da risa, y le asusta que en la música salga todo eso que no sale al hablar. Al oírla siente ganas de correr. Sabe que es posible avanzar y avanzar sin pararse ante nada, los otros chicos lo hacen, oye sus voces alejándose mucho, rebotando en las paredes. Imagina sus cuerpos libres, zafados de lo que a él lo retiene.



2

Sara Coímbra quería ser pianista desde niña. A los diez ya había dejado las muñecas, las fiestas de cumpleaños y el voleibol, tenía en su cuarto un piano para principiantes de ochenta y ocho teclas. Llevaba sus tareas escolares al día, estudiaba sin distraerse. Cuidaba su apariencia, pero no tardaba demasiado en recogerse el pelo y asearse, menos todavía en vestirse. No le gustaban las pérdidas de tiempo.

De la época recordaba algunas excursiones al campo con sus padres, visitas a familiares lejanos. Distintos lugares de veraneo, poco turísticos, casi extraños: Almagro, la Ciudad Encantada de Cuenca, Guadalupe. En aquellos lugares, leyendo partituras y mirando paisajes, se le modeló un corazón que tendía a contener las emociones, a calcificarlas, un temperamento entre lo sufrido y lo altivo, como hecho de puñados de tierra y de sombra.

En algún momento decidió ser aplicada en todo, sin resquicios. Observó con distancia su propia adolescencia, manteniendo el cuerpo recto, los hombros y las manos relajados, avanzando por la vida como sentada frente a un instrumento. Sus oídos, entrenados para discernir qué melodía tocaba con cada mano, desoyeron la llamada intensa de la sangre.

En su cuarto tenía un corcho en el que había ido colgando hitos de su vida. Fotos con compañeras del equipo alevín de vóley, una medalla. Fotos tocando el piano con

once, trece, catorce años. Con quince años en Venecia, muy menuda, flanqueada por sus padres. Ya con dieciséis en Madrid, en las manos y casi oculto el trofeo de segundo puesto en un concurso de jóvenes talentos. El escozor de aquel segundo puesto la llevó a trabajar más, a hacer de la perseverancia un valor supremo, reduciendo al mínimo el tiempo dedicado a cualquier otra cosa.

Su familia siempre había vivido en uno de los mejores barrios de la ciudad, en un piso espacioso con mucha luz y algo de galería de arte. Óleos de calidad, muebles clásicos y limpieza perfecta. La temperatura de veintiséis grados se mantenía en la vivienda durante todo el año a costa de un recibo de electricidad bastante elevado. Pasar la Navidad en manga corta dentro de casa era uno de los lujos que la familia se podía permitir.

Sara crecía entre su mesa de estudio y la habitación del piano. Comiendo a veces de pie en la cocina, recalentando los platos en el microondas, saliendo a la carrera para el conservatorio. Sin sentarse en el sofá, sin mirar nunca la tele, sin casi hablar con sus padres.

Siempre hubo alguna muchacha dedicada al servicio doméstico. Todas en algún momento le pusieron un vaso de leche, untaron mantequilla de cacahuete en rebanadas de pan que ella comía mientras bajaba a toda prisa las escaleras. También lavaron su ropa, le preguntaron por sus cosas, por sus amigas, por sus novios.

De estas muchachas la más recordada era Josefa porque la elogiaba, celebraba sus logros y la animaba en los momentos de desaliento. Entre todas la criaron, mientras sus padres perseguían el éxito: mamá todo el día ocupada en su *boutique*, papá en su estudio de arquitectura.

Uno de los pocos placeres que Sara se había concedido era subir con Josefa a la azotea, tender la ropa y quedarse un ratito sentada en el suelo, con la espalda en la pared, tomando el sol. En esas ocasiones le gustaba mirar la ropa agitada

por la brisa, secándose despacio. Imaginaba en las sábanas pentagramas en los que el viento sabía escribir una música que el oído humano no podía percibir. Una música que tal vez ella fuera capaz de traducir.



3

Helio nació prematuro y con unos ojos que nunca le darían para ver. Fue a principios de noviembre, su padre siempre contaba que había entrado en el hospital llevando mangas cortas y que, al día siguiente, tuvo que ir a casa en busca de prendas de invierno. Para el niño volvió con una toquilla blanca que se perdió en el Parque de María Luisa, con gran disgusto de la abuela, en una de las primeras salidas que hicieron pasada la cuarentena. La de la toquilla perdida fue una de las muchas historias que tuvo que escuchar de pequeño, una historia trivial, pero melancólica. Uno de aquellos hechos que formaba parte de la cuenta de las cosas que podrían haberse evitado.

En general no hubo mucha fiesta en casa tras su llegada, más bien una atmósfera de aprensión, de enfermedad que, con el paso de los días y aceptado el disgusto, pasó a ser de convalecencia familiar.

Recibieron pocas visitas. Pocas y silenciosas, como si por ser ciego el niño hubiese que hablar bajito. Tampoco abundaron las expresiones de enhorabuena ni las alabanzas al verlo. La mayoría se limitó a echarle un vistazo superficial, no queriendo incomodar a los padres, que mostraban casi con angustia a aquel pequeñísimo desconocido.

Al no encontrar motivo físico para el elogio, hubo que inventar algo y fue una vecina, ya mayor, la que dijo a su madre: «Nora, tu niño tiene cara de listo». Esa fue la primera

atribución positiva que recibió cuando aún dormía envuelto en la toquilla que terminó por perderse.

Y así, con el paso de los meses, todo el mundo quiso ver indicios de esa inteligencia en cualquier gesto, expresión o balbuceo. El hecho de que cogiera tal o cual juguete se debía a que tenía curiosidad de científico, sus silencios eran porque atendía de manera extraordinaria a lo que ocurría a su alrededor.

Sin embargo, su padre, Damián, parecía ignorarlo. Todo aquello le resultaba difícil de encajar, empezando por el adelanto del nacimiento de Helio en casi tres meses. Algo que en su interior le parecía casi una impertinencia. Una llegada que no les había permitido ni ultimar las medidas de seguridad para cuando empezara a gatear. Si es que aquel niño terminaba gateando como los demás.

Durante unos días, Damián se atormentó por no haber comprado las fichas de plástico con las que se tapan los enchufes. Más tarde entraría en el cuarto sin hacer ruido y, sigilosamente, las colocaría conteniendo la respiración, avergonzado de su negligencia.

No pudo evitar pensar que lo habían decorado todo con un mimo y un detalle de los que el niño nunca tendría conciencia. Las cortinas con soles y nubecitas sonrientes, también los cuadros con ositos sonrientes, y patitos, y un millón de criaturas sonrientes. Sonrisas mudas para un niño ciego. Sonrisas que durante un minuto le parecieron burlonas.

Puede que entre las miradas de aquellas caritas hubiera una mala. La de un sol malvado y ofendido por el nombre del niño, la mirada tronante de una nube, la feroz de un oso, la de un pato envidioso. En la cuna, Helio despierto permanecía callado. Damián no supo si consciente o no de su presencia. En su rostro no encontraba ninguna expresión.

Fuera del cuarto hacía un frío triste y desquiciante, como de cámara frigorífica. El frío, como el nacimiento del niño, también había llegado de repente. Aún tenían las alfombras

en el trastero. Es posible que el primer portazo que escuchara Helio en su vida fuera aquel que dio Damián al salir de casa mientras Nora se quedaba llorando en el salón.